
HACIA LA HISTORIA. ***(Una reflexión política sobre el siglo XXI)****

Víctor Alarcón Olguín

Para don Marcos Kaplan

Quien se pregunta por el futuro, paradójicamente debe caminar “hacia” la Historia. Cuestionarse no por su “fin” o su “principio”, sino admitirla en su cambiante devenir; en asumir la necesidad que de ella tenemos para poder brindarnos a nosotros mismos, una explicación que nos permita recuperar nuestro ser y las circunstancias que lo rodean.

En esta dirección, Hannah Arendt, la brillante filósofa alemana, definió el sentido antiguo y moderno de la Historia, mismos que se caracterizan, respectivamente, por la pérdida de la Naturaleza (creando así la idea del pasado) y la aspiración de sustituirla por la acción de la moral pública (creando así la perspectiva del futuro). El género humano y toda versión interpretativa de sí mismo ha deambulado dentro de este “continuum”, entre el pasado y el futuro; tener siempre como punto de partida al presente. (Arendt, 1977)

Por ello, la apuesta por un nuevo curso de la Historia basado sólo en el futuro es incompleta, y a pesar de que la batalla sea por la reapropiación de los bienes y de las virtudes del pasado que ahora le son ajenos a la propia Humanidad. Implica además el intento desde el poder para vencer al caos y al desastre, mediante la construcción de un orden que, pese a sus ventajas efímeras, permiten espacios mínimos de reconocimiento

* Esta es una versión revisada de la conferencia que bajo este mismo título presentó el autor en la FCPS-UNAM, el 3 de junio de 1993. Se agradecen los comentarios que fueron hechos en este trabajo por la Dra. Hilda Varela.

colectivo y el que se pueda seguir pensando en torno de los valores “tradicionales” que la modernidad creó —y creyó— alrededor del progreso y la ilustración. En la formulación de todo un lenguaje que diera respuestas “racionales” para suspender indefinidamente la posibilidad de la decadencia y muerte de nuestras expresiones vitales. (Bornschieer-Lengyel, 1992).

Lo que expondré aquí transitará por esta línea argumentativa, para intentar acercarnos al “estado del arte” que guarda nuestro mundo en los linderos de un nuevo milenio. Implica entonces atisbar hacia la Historia que nos tocará en suerte crear y legar —si somos afortunados— a las generaciones subsecuentes.

¿Cuáles son esos rasgos que permiten diagnosticar a nuestro tiempo presente? ¿Qué tan capaces somos para definir estrategias plausibles y orientadas a erradicar los principales problemas que ahora nos abruma y que, de no ser cubiertos, afectarán a cerca de 5/6 partes de la población del planeta en un plazo no muy lejano?

Esta serie de puntos representan apenas el esbozo de una agenda global que indudablemente estará delimitando las acciones de atención que deben destinarse por parte de nuestras instituciones sociales y de gobierno para así incrementar las expectativas —o al menos sostener a las ya existentes— del precario “nuevo” orden mundial que ha surgido después de los acontecimientos de 1989. En este sentido, cabe visualizar dicha agenda en torno de los siguientes puntos:

- a) Urgencia de un cambio ético que permita incrementar la coexistencia en los valores de la(s) cultura(s);
- b) ¿Quedaremos permanentemente atrapados en la cárcel de una “democracia sin ciudadanía efectiva”?
- c) ¿Qué resultará de las actuales transformaciones en la idea del Estado-nación?
- d) ¿Vamos hacia una “nueva Edad Media” en la transmisión del conocimiento?
- e) ¿Qué expectativas tenemos para garantizar un “desarrollo sustentable” de nuestro medio ambiente con los actuales modelos productivos?

Paso entonces a dar mis impresiones sobre cada uno de estos puntos.

Urgencia de un cambio ético que permita incrementar la coexistencia en los valores de la(s) cultura(s)

Un reto importante que emerge es el trabajar en dos niveles: aceptar la coexistencia, el pluralismo y el acrecentamiento de las diferencias que identifican a los diversos conceptos de civilización que se dan en los niveles sociales "micro", pero al mismo tiempo combinada con la búsqueda de convergencias sobre ciertos principios de sociabilidad que justamente permitan la protección, en el nivel "macro", para estas culturas particulares. (Kidder, 1989; Elwell, 1991)

De lo contrario, la evolución de nuestras sociedades puede perder el frágil equilibrio conceptual que nos ha enseñado que la cooperación y la competencia son al unísono, elementos claves que impactan sobre el desarrollo de la personalidad democrática o autoritaria que han dado paso a los diferentes modelos de civilización a lo largo de la historia. (Sinetar, 1991)

En ese aspecto, deberemos enfrentar otros dos problemas históricos que corren paralelos con este fenómeno anteriormente descrito: los integristas religiosos y los de tipo secular que también desde la Antigüedad, siempre nos han atrapado dentro de una idea dominante de la cultura, mismo que puede ejemplificarse con el eterno conflicto de la auto-determinación existente entre Oriente y Occidente; y en los tiempos más recientes, con toda una nueva serie de divisiones que ahora describen al "Norte" industrializado como antagonista del "Sur" marginado. (Halperin, *et al.*, 1992)

Al mismo tiempo, es importante promover la adaptación y la flexibilidad de nuestros propios referentes éticos, mediante seguir defendiendo los presupuestos de una calidad de vida que se apoye justamente en las tradiciones del liberalismo y el comunitarismo. En este sentido, se trata de que nuestras sociedades paulatinamente se vayan acercando al umbral de lo que yo llamo *justicia retributiva*; es decir, el derecho a que todo ser humano obtenga el respeto y los beneficios de participar dentro de una sociedad no sólo por la cantidad, sino también por la calidad de los bienes que produzca.

Y esto también es extensivo hacia la construcción de reglas jurídicas y prácticas político-constitucionales basadas en conceptos tales como la democracia, la tolerancia, la igualdad, la libertad y la fraternidad. (Denitch, 1991 y 1992)

No obstante, todos estos valores no pueden —ni deben— ser esgrimidos como monopolio de una cultura que se sienta con la prerrogativa de “eliminar” al enemigo que se presenta bajo ropajes que nos sean desconocidos, sea por su religión, raza, posiciones políticas o sus intereses económicos.

Como puede observarse, prácticamente no hay ningún conflicto internacional contemporáneo que no esté tocando alguna de estas aristas. Y por ello es importante promover este cambio ético ya que es imposible llegar a un nuevo siglo dominados por el poder del miedo, y no por el argumento racional que permita alimentar a las “dimensiones de la conciencia histórica” de las que habló Raymond Aron. (Hare, 1991; Brown, 1992; Aron, 1983)

¿Quedaremos permanentemente atrapados en la cárcel de una “democracia sin ciudadanía efectiva”?

Un punto alarmante en la construcción de las nuevas democracias que han asomado en este último tramo de este siglo, ha sido la aparición de prácticas que, bajo el supuesto amparo que implica la urgencia de conseguir una rápida estabilidad económica y una gobernabilidad política, los líderes de dichas naciones se han venido inclinando a desatender a los propios mecanismos democráticos y están reacomodándose alrededor de formas autoritarias híbridas, con el pretexto de que la centralidad patrimonialista y el liderazgo carismáticos no son prácticas que pueden ser sustituidas de golpe dentro de la cultura y el quehacer políticos en dichas naciones. (Cerny, 1993; Revel, 1992)

Si bien se están utilizando mecanismos electorales para elegir a estas autoridades, los gobernantes surgidos de dichas votaciones —particularmente en aquellos países cuyo sistema se basa en el presidencialismo puro o en el semi-presidencialismo— han desvirtuado la legitimidad que les fuera conferida por el voto popular, y entrado en conflicto con las instituciones parlamentarias, pretextando que una conducción en solitario define con mayor claridad las metas y los proyectos de los programas de reconciliación política y ajuste económico que deben efectuarse en el corto plazo. (Bresser Pereira, Maravall y Przeworski, 1993; O'Donnell, 1993)

En realidad, lo único que se ha visto en estos casos, particularmente

en países de América Latina y Europa del Este, es que estos movimientos neo-presidencialistas están imposibilitados para ofrecer algo que no sea la vieja práctica del populismo que justamente conllevaron al periodo de los regímenes militares en dichas naciones. Y con ello, se han incrementado los riesgos de que las capacidades y derechos políticos de la ciudadanía frente a los abusos del poder se encuentren reducidos o de plano sean inexistentes. Los costos de dichas prácticas son ya evidentes en diversos países del orbe.

En cierta forma, como lo han explicado Adam Przeworski y Guillermo O'Donnell, estamos experimentando una importante regresión hacia los modelos de la democracia elitista del siglo XIX. La democracia del voto, que regularmente se catalogaba como la "llave mágica" del desarrollo y la cultura política, se revela ahora con todas sus insuficiencias —además de que ahora se encuentra maniatada y condicionada incluso por la fuerza legal y legitimadora que antes implicaba su uso— para poder garantizar siquiera la expresión de la voluntad surgida desde la raíz misma de las sociedades. (O'Donnell y Przeworski, 1993)

Sin embargo, un reto adicional que llamará a la defensa de la democracia política como formato de sociabilidad en el próximo siglo, es la urgencia de plantearnos el reconocimiento de que debe darse respuesta a las demandas que provienen de las nuevas "identidades colectivas", no sólo en sus necesidades económicas o políticas, sino además en la aceptación social y moral de las mismas, particularmente en términos de sus derechos humanos para manifestarse como tales. ¿Pero qué definirá el que se puedan admitir los derechos de representación política que demandan las minorías sexuales o las etnias que se encuentran atrapadas en Estados-nación que les son ajenos?

Pero al mismo tiempo surge otro dilema: ¿qué garantizará en el futuro que todas aquellas libertades y derechos públicos que fueron conquistados en el pasado no sean ahora destruidos o minimizados por este oleaje de neoconservadurismo económico, de fundamentalismos religiosos y de elitismo político que impera en nuestros días? En síntesis, la pregunta, a la par de la que se ha formulado Bruce Ackerman sería: ¿cómo defender socialmente al liberalismo y a la democracia? (Ackerman, 1992)

Por otra parte, también deberemos reconocer que por un largo periodo, estaremos inmersos dentro de una oscuridad ideológica que es producto no sólo de los factores descritos líneas arriba, sino que también este fenómeno se encuentra combinado con la caída del mundo socialista, la

actual debilidad de los centros hegemónicos del capitalismo mundial (Estados Unidos, Japón y Alemania), la impresionante modificación del mapa económico mundial que se ha reposicionado con el surgimiento de nuevas potencias medias, así como la redefinición de sus lealtades estratégicas con los “grandes poderes”. (García, *et al.*, 1992)

Pero estos fenómenos se ven notoriamente rebasados por lo que se perfila como el problema más conflictivo de todos: la urgencia de contener las enormes oleadas de migración provenientes desde el “Sur” hacia el “Norte”, cuyos resultados han alimentado el resurgimiento de ideologías que promueven el choque cultural y el rechazo a esta nueva realidad en que se desenvuelve un mundo en franca reordenación en sus interdependencias y soberanías, pero que por momentos se ve totalmente “fuera de control”, tanto en sus proyecciones de seguridad militar, como en aquéllas de tipo demográfico. (Bzrezinski, 1993; Kennedy, 1993)

Pero al intentar la postergación de esta “fecha de caducidad” que parece amenazar a la civilización por entero, la propuesta contenida en la creación de un “nuevo orden mundial” posterior a la Guerra Fría, justamente se hace pasar como necesario el que se deba darle un “final a la Historia”, porque un mundo demasiado plural, excesivo en demandas sociales o proyectos colectivos distintos a los de las actuales hegemonías, hace que todo se vuelva ingobernable, y que se corra el riesgo de ser rebasados y destruidos por las fuerzas “retrógradas” del subdesarrollo.

Por esta razón, la cruzada ética del Occidente desarrollado nunca podrá descansar, porque siempre debe buscar a un enemigo. Pero en caso de que tal empresa tuviera éxito, de que ya no hubiera nada más por hacer o descubrir, entonces se cumpliría la gran paradoja ya pronosticada por Hannah Arendt: la civilización quedaría atrapada en un eterno presente que haría válida —pero ahora en un sentido inverso— la idea que Marx formulara referente a la existencia de los llamados “pueblos sin Historia”, que pretendían liberarse del anonimato mediante el progreso y el desarrollo, factores que ahora podrían condenarlos a este trágico destino; a no pensar, a no recordar, a no desear, a no luchar. (Arendt, 1977; Gallo, 1991)

He aquí el verdadero riesgo de creer y de no corregir a gente como Francis Fukuyama, quien ahora postula que el final de la Historia era sin duda el inevitable triunfo de la democracia liberal y que sólo será una mera cuestión de tiempo ver como las desigualdades entre las regiones del mundo irán desapareciendo por la acción misma del capitalismo

(Fukuyama, 1993). E incluso, esta idea vale también como crítica a todos quienes pretendieron imponer al socialismo como receta de penurias y sacrificios inútiles, pero nunca como una propuesta de organización social en donde *tan importante es el interpretar al mundo como el poder transformarlo*. (Alarcón Olguín, 1991)

¿Qué resultará de las actuales transformaciones en la idea del Estado-nación?

Nuestros modelos políticos han sido las instancias que en forma más inmediata han resentido los enormes cambios experimentados en estos años recientes. Nuevos Estados, nuevas alianzas, pero también nuevos conflictos. Sin embargo, todo ello en conjunto refleja la incapacidad y la obsolescencia que tiene el orden mundial de la segunda post-guerra, particularmente en los Estados en los cuales recayó el compromiso de sostener la famosa bipolaridad Este-Oeste.

Ahora, nuestros “tiempos rápidos” deben apuntar hacia nociones que permitan contemplar en el siglo XXI, los restos de lo que podrán ser los Estados-nación combinados con el advenimiento de una nueva figura: el *Estado-región*, que tiene el reto de sintetizar identidades colectivas que ahora se observan muy distintas, pero que a fuerza de la unidad económica y cultural que éstos desarrollen, quizá les permita hablar de nuevas identidades en plazos que en otros momentos conllevaron centurias.

Sin embargo, estas tendencias de fusión también encuentran rechazos de importancia. Los renacientes nacionalismos particularmente vividos en Europa del Este rápidamente desenmascararon que las “revoluciones de terciopelo” tendrían costos socio-económicos muy bajos. Y además, anticipa la probabilidad de asistir a otros dos eventos: al desarrollo de negociaciones y luchas directas más activas entre los “grandes poderes” para redefinir prioridades dentro de la agenda mundial y para evitar el crecimiento de los conflictos regionales. (Kennedy, 1993)

Gracias a esto, el multilateralismo posee ahora condiciones mucho más plausibles —pero también más peligrosas, si no son manejadas adecuadamente— para que se puedan generar nuevas “interdependencias positivas” basadas en el comercio y en el desarrollo. De esta manera, podremos acercarnos a lo que Alvin Toffler ha denominado como el “cambio del poder”. (Toffler, 1990; Cerny, 1993)

De lo contrario, nuestro futuro seguirá siendo sembrado con horrendos conflictos similares a los de Bosnia o Somalia, en donde paradójicamente, el mundo desarrollado ha fracasado en pacificar y reestablecer el orden perdido, porque ha reaccionado bajo criterios de seguridad militar ahora obsoletos —pese a la nueva vestimenta que pretendieron utilizar a través de la Organización de Naciones Unidas (ONU)—, y porque en dichas sociedades, también cabe decirlo, la irracionalidad de sus diferencias internas ha alcanzado un punto de no retorno que hace imposible cualquier reconciliación de los grupos locales sin que conlleve la derrota forzosa del enemigo, además de que ninguna de las potencias tradicionales ha querido involucrarse demasiado en estos conflictos, tratando así de pasar la factura a otros países.

Por esta misma causa resulta lamentable y contradictorio que, al dar marcha atrás en su militarismo, el “mundo desarrollado” —que ahora desea exportar su democracia bajo medios pacíficos— parezca incapaz de controlar a sus propios monstruos. Y al mismo tiempo, corremos el riesgo de que el “nuevo orden” alimente la imaginación de autores como Paul Johnson, quien abiertamente propone un nuevo movimiento neo-colonialista —o de creación de “protectorados”— para pueblos que según él, han sido, son y serán totalmente incompetentes para gobernarse por sí solos. (Johnson, 1993)

Sin embargo, este orden mundial posible en el siglo XXI debe considerar seriamente la reasignación de las responsabilidades que sean efectivamente asequibles a los “grandes poderes”, así como los criterios que también deben redimensionar la idea de su poder e influencia militar, pero cada vez basados en menor medida sobre el armamento nuclear. Estos criterios indudablemente también deberán poner mayor atención para controlar aquellos países medios que han adquirido dicha tecnología en los años recientes.

Sin duda alguna, en este renglón aún debe caminar mucho para garantizar que las futuras formas de coexistencia entre los pueblos puedan dar la certidumbre que se requiere, para así ceder el paso al surgimiento de los Estados-región que, por sus características de mayor interdependencia y dinámica federal, sus organismos de poder podrán funcionar como mejores jueces en la resolución de conflictos más locales. (Ohmae, 1993)

De lo contrario, propuestas como las de seguir conservando la hegemonía estadounidense o de acentuar la transformación de la ONU en una

instancia militar más activa para intervenir directamente en países con problemas que amenacen a la seguridad mundial, en todo caso sólo seguirán reproduciendo, ahora bajo otros medios, los viejos círculos viciosos que han caracterizado a la espiral armamentista que justamente ha frenado la transformación productiva y armónica de muchas de las naciones en vías de desarrollo. (Halperin, *et al.*, 1992)

Tampoco puede olvidarse los resultados derivados de los propios reacomodos estratégicos que se darán por la refundación geo-política de los Estados más allá de las consideraciones de tipo militar. Este factor también operará en forma significativa para completar la reconversión de nuevas interacciones comerciales dentro de pactos económicos soberanos del tipo Tratado de Libre Comercio (TLC), Comunidad Europea (CE), la Cuenca del Pacífico, etc. Pactos que corren el riesgo de no ser controlados por la propia vocación singular de los Estados, sino que éstos más que en ninguna etapa previa en la historia mundial, estarían sujetos a los intereses de las grandes corporaciones multinacionales, quienes podrán presionar por mayores facilidades para invertir ante la relativa debilidad política con la que los gobiernos de estos Estados-región operarán en un principio. Un ejemplo claro lo han sido las largas y tediosas negociaciones de la Ronda Uruguay del Acuerdo General de Tarifas y Aranceles (GATT) en materia de servicios y agricultura, en donde los gobiernos han tenido que postergar acuerdos razonables debido a presiones e inconformidades previamente de sus sectores empresariales. (Weidenbaum, 1993)

Una consecuencia lógica —pero también en este sentido poco optimista— deberá ser el abandono de nuestras nociones genéricas de “Norte” y “Sur”, para hablar ahora de varios “Nortes” y “Sures” cada vez más sumidos en las desigualdades que proporcionan recetas económicas que no crean empleos y utilizan menos capital humano. (Aún cuando el declive industrial estadounidense se pudiera compaginar con la eficiencia de las nuevas potencias asiáticas y algunos países latinoamericanos, la posibilidad para mejorar los índices de desarrollo humano llevaría un tiempo relativamente largo). (Salais-Storper, 1992)

Con mucha agudeza, las contradicciones del capitalismo hacia el siglo XXI, mostrarán a enormes segmentos de la humanidad hundiéndose hacia las zonas más intolerables de la injusticia y la pobreza extremas si no oponemos estrategias serias para detener esta situación.

¿Vamos hacia una “Nueva Edad Media” en la transmisión del conocimiento?

Sin duda, un punto fundamental para revertir este proceso descansa en el papel que pueda conferirse a la educación y al uso de los medios de comunicación como soporte para transmitir el “conocimiento útil” que le sea necesario a las sociedades dependiendo justamente de las prioridades que éstas manifiesten para resolver sus conflictos más urgentes. Es paradójico que nuestro siglo haya logrado una exitosa “globalización” en las comunicaciones, pero que dichas tecnologías prácticamente sean consumidas por segmentos de población muy pequeños.

Al carecer de “democracias sin ciudadanía efectiva”, y en cambio contar en exceso con democracias artificialmente mayoritarias, que delegan las decisiones a grupos de poder cada vez más reducidos, ésto parece remitirnos justamente a la burda reedición de una “Nueva Edad Media”, término que Umberto Eco y otros autores han empleado para describir un mundo que se encuentra muy especializado, pero cuyos productos no trasponen ciertos límites.

Nuestro mundo en el siglo XXI presenta la amenaza de reproducir sociedades donde, a la usanza de los conventos medievales, los intelectuales-monjes intentarán preservar desde sus cubículos-celdas un conocimiento que sólo se difundirá para aquellos iniciados que sean capaces de pagar el acceso a las universidades; mientras que por otro lado, enormes masas de individuos deambularán tratando de sobrevivir en la barbarie que significará el vivir en las periferias urbanas y bajo la explotación despótica de nuevas noblezas autocráticas, quienes a su vez vivirán bajo el amparo que les brinde la protección de religiones que seguirán prometiéndolo bienestar moral y el futuro a cambio de nada. (Eco, 1969)

Pero por otra parte, el reto “positivo” que implicaría este resurgimiento feudal es el que las ciudades —en tanto ejes tradicionales de todo un proceso de sociabilidad y transmisión del conocimiento— tendrían que ser transformadas en su diseño y funciones, ya que no pueden seguir siendo concebidas bajo la visión centralista y vertical con que se han desenvuelto la industria y el ejercicio del poder dentro del capitalismo, sino que debería abrir el camino para una mejor administración con perspectivas ecológicas, a la vez de estar utilizando los mejores recursos que se tengan en materia de la tecnología en comunicaciones.

El aprovechamiento de la información debe orientarse hacia mejores

niveles educativos y hacia la obtención de más recursos para invertir en los países subdesarrollados —todo esto compendiado en una política que cubra los niveles mínimos de bienestar mediante el desarrollo de niveles máximos de atención—. Las comunidades del futuro, aunque con más autonomía y geográficamente mejor planeadas, indudablemente no podrán eliminar el legado histórico de las ciudades, pero en todo caso podrían superarlas justamente porque tendrán condiciones más operativas en términos productivos, educativos e informativos. (Kennedy, 1993)

¿Qué expectativas tenemos para garantizar un “desarrollo sustentable” de nuestro medio ambiente con los actuales modelos productivos?

Este es quizá uno de los aspectos más polémicos que impide en la actualidad, hallar soluciones para lo que se ha dado en llamar “desarrollo sustentable”, que no es sino la búsqueda de mecanismos biotecnológicos, demográficos y económico-sociales, para que pueda definirse una explotación racional de los recursos ecológicos del planeta, pero sin merma alguna en la calidad de vida disponible para los individuos.

Sin embargo, los pronósticos y estudios encaminados en esa dirección se muestran muy poco entusiastas con respecto al próximo siglo, ya que el crecimiento poblacional por año en los países del Sur sigue estando muy por encima de la capacidad regenerativa de la Tierra; al mismo tiempo que los rendimientos de las actuales tecnologías usadas son muy dispares y desperdician cantidades enormes de energía, con el consiguiente impacto ambiental que no sólo afecta a una región en específico, sino que es dañino para todos en general. La falta de compromisos de las potencias industriales y los países subdesarrollados para definir acuerdos durante la Cumbre Ambiental de Río de Janeiro en 1992, particularmente mostró la incongruencia de todo un discurso en donde todos quieren concesiones, pero nadie desea que sus costos sean altos.

Así que las preguntas saltan a la vista: ¿Cómo enmendar y forzar un cambio de curso en nuestros modelos de producción industrial y consumo? ¿Cómo redistribuir y administrar nuestro crecimiento demográfico en concordancia con las capacidades regionales del propio entorno ambiental? Evidentemente deberemos estar conscientes de que los fac-

tores de riesgo son altos, y de que las limitantes políticas que se enfrentarán en un corto plazo serán fuertes, no sólo en términos numéricos, sino también en actitudes que podrían conllevar al ejercicio de acciones más violentas en un intento por controlar hegemónicamente tales recursos. (Kennedy, 1993; Wolbarst, 1991)

Por ello, es muy factible que la artificialidad especulativa de los mercados financieros y del dinero —enormes construcciones del capitalismo de este siglo— se pueda desmoronar ante el empuje mismo que significaría el retorno a la posesión directa de los bienes (alimentos, espacio habitable, mercancía, etcétera) en tanto recursos objetivos para medir la “riqueza” de los individuos y las naciones.

Enormes cambios tendrían que ser hechos en la concepción que actualmente tenemos sobre los valores de uso y de cambio de las cosas, así como de la propia sobreexplotación que el hombre hace de sí mismo y de la naturaleza por medio del desarrollo de nuevas tecnologías. Pero sin duda, la tecnología por sí misma no es el problema, sino que el hombre mismo debe reeducarse y rediseñar los mecanismos productivos que deberán controlar el consumo y la producción, además de que su crecimiento permita reincorporar al trabajo —aunque sea paulatinamente— a las enormes masas de individuos que han sido desplazados por su uso. (Warren-Wagar, 1991)

Si bien podemos seguir maravillándonos con los descubrimientos científicos y bio-genéticos que permiten incrementar nuestras expectativas de vida, resulta imposible ocultar el hecho de que este mismo desarrollo es el que también puede generar tragedias humanas de desigualdad extrema como las que se viven diariamente en numerosos lugares de América Latina, Asia y África. Un desarrollo tan acelerado y desequilibrado que resulta increíble no poder atender epidemias o catástrofes naturales con prontitud y eficacia. (Kennedy, 1993)

En este aspecto, conviene cuestionarse qué tan globales podrían ser los beneficios que acarrearía la pronta inserción de las llamadas “nuevas democracias” dentro de las economías de mercado, así como definir cuáles serían sus impactos sociales si dispusieran de tecnologías más o menos homogéneas. Si bien la dirección parece ser la correcta, los medios y los beneficios hasta ahora repartidos nos revelan que las diversas transiciones dentro de las cuales nos movemos (económica, política y moral) no sólo son muy asimétricas entre sí, sino que también son demasiado destructivas con respecto de las estructuras del pasado,

ya que no sólo se conforman con eliminar los modelos políticos, las matrices productivas o el medio ambiente, sino que también atacan al concepto mismo de la cultura. (Przeworski, *et al.*, 1993)

Lo anterior es un fenómeno que debe enfrentarse si pretendemos obtener una rápida generación de consensos morales y políticos, si aspiramos a una regeneración económica con empleos dignos y bien remunerados. (Tilly, 1991) Nuestra civilización no puede seguir siendo prisionera de la simple apelación a las estadísticas de los costos del ajuste como recurso esgrimido por las tecnocracias que siguen postergando la oportunidad de crear un futuro "creíble" para todos nosotros. (Hodara, 1984)

De ahí que, como lo ha detectado Jacques Attali, ligada con la idea del cambio en los propósitos organizativos de los Estados-nación, el nuevo milenio deberá ser capaz de lidiar con modelos de crecimiento económico y de expansión de los derechos políticos que puedan adaptarse a los nuevos "nomadismos" migratorios que se han desatado por culpa de las actuales distorsiones y crisis del capitalismo mundial. (Attali, 1991)

Si no se trabaja en esa dirección, ningún esfuerzo educativo, moral o productivo será suficiente para detener ni el deterioro ambiental, ni tampoco la reorientación de los patrones de consumo y de mayores demandas de atención y participación provenientes de los sectores más golpeados por este futuro ciertamente impredecible e insostenible. Como todo nomadismo, el riesgo del siglo XXI, como ya lo he indicado, será tener enormes masas de individuos fuera de la historia, porque están siendo víctimas del rechazo cultural que reedita las peores expresiones tribalistas a la par que los están dejando sin derechos, sin expresión y sin libertad alguna. (Schmitter Heisler, 1991)

Por un escenario plausible

Adivinar el futuro siempre ha implicado la posibilidad de pensar la Historia en forma tal, que nosotros mismos nos sintamos incluidos y conformes con lo que nos espera. Sin embargo, nuestro horizonte actual y las tendencias que muchos observamos en el presente mapa internacional parecen reducir sustancialmente el emitir pronósticos que puedan hablar de un éxito promisorio como el signo del siglo XXI. No sólo se

trata —como lo ha descrito John Kenneth Galbraith— de seguir reproduciendo una “cultura de la satisfacción”, sino que debemos preguntarnos cuándo y cómo este patrón de auto-engaño pondrá en verdadero riesgo a nuestra propia existencia. (Galbraith, 1992)

Tampoco podemos ilusionarnos en borrar de un plumazo la lección de que las verdaderas revoluciones han tenido costos humanos altos, sean estos de tipo material o moral. Como lo advierte Ernest Gellner, los Estados y las naciones que ahora conocemos atravesaron por tres procesos históricos simbolizados por el arado, la espada y el libro. Es decir, tres revoluciones en la producción del conocimiento basados en la tierra, la depredación y en el poder de la tecnología y la industria. (Gellner, 1989)

Pero todas estas revoluciones han sido parciales en cuanto a la distribución real de los bienes entre los sectores mismos del planeta. ¿Qué nos permite reconocer como “iguales” a un campesino de los Andes con un ejecutivo de una empresa transnacional en Suiza? De ahí que el siglo XXI nos llame a una nueva revolución que, a decir de autores como Alexander King y Bertrand Schneider, sería por primera vez de carácter “mundial” por la cantidad de actores y procesos que estarían involucrados en su implementación. (King-Schneider, 1991)

La posibilidad del futuro deberá incrementar los niveles de control en estos tres ámbitos: el poder militar, el poder del conocimiento y el poder político. Y a ellos se agregarían como sus respectivos efectos, el control sobre el poder económico, el poder del trabajo y el poder de la moral pública. (Toffler, 1990) De otra manera, estaríamos imposibilitados para hacer comparaciones con las estructuras sociales del pasado que justamente nos permitieron arribar —muchas veces a pesar de nosotros mismos— hasta el punto actual de nuestro desarrollo. Por ello, mi impresión sobre los escenarios políticos posibles del siglo XXI es que deberán estar más basados en la combinación de factores que generalmente han luchado entre sí: el riesgo y la prudencia.

Si se mantienen nuestras tendencias al despilfarro consumista, al incremento inmoderado de las desigualdades y de las diferencias excluyentes entre el Norte y el Sur; entre la noción de lo Occidental como la versión correcta de la idea del progreso, así como de la propuesta de dirigirnos hacia las “democracias sin ciudadanía efectiva” como únicas formas posibles para lidiar con las sociedades actuales, lo que producirémos será el deterioro fatal de nuestras capacidades de auto-determina-

ción como individuos, y habremos perdido definitivamente la oportunidad de reencauzar nuestro sentido colectivo de pertenencia con la naturaleza, de vivir bajo condiciones reales de una ética pública.

En este sentido, pueden definirse algunas impresiones conclusivas sobre lo que puede ser el escenario político del siglo XXI:

a) La trayectoria de la modernidad occidental, caracterizada por la conquista sucesiva de las libertades de conciencia, de participación y representación política, así como de acceso al bienestar económico, puede ser dañada irreversiblemente si no se abandonan las recetas de ajuste neoconservador que han alentado el desmantelamiento de todas estas libertades. Intolerancia religiosa, autoritarismo y pobreza extrema parecen ser los signos que se ciernen sobre nosotros, si no mostramos una nueva política que se sobreponga a esta forma de organización actual de la economía mundial.

b) La emergencia de nuevos Estados-nación en el Este, que se añaden al Tercer Mundo ya existente, con lo que se incrementan las presiones y demandas por inversiones que desde el Sur tradicional ya estaban en curso con respecto a los países del Norte. Es claro que los organismos financieros y políticos internacionales están sensiblemente rezagados para ajustarse a este nuevo esquema geopolítico. La reordenación de las prioridades mundiales indican dos líneas de acción plausible: aquellos reacomodos que se deben experimentar en las sociedades de los propios centros hegemónicos del capitalismo, en términos de poder superar sus crisis internas, para así entrar a un relanzamiento expansivo en la producción y el comercio, los cuales puedan involucrar a estos nuevos países del Sur y del Este dentro de estos esquemas renovados—como podría suceder con el TLC entre México, Canadá y EUA, la CE y los países este-europeos, y Japón con los “tigres asiáticos” en la Cuenca del Pacífico. Y en segundo lugar, las respuestas y estrategias que provengan desde nuevos núcleos de asociación comercial—como puede ser el caso del Merco-Sur o el Mercado Común Centroamericano en América Latina.

c) En este sentido, estamos ante una diversidad de opciones que muestran el hecho de que hay potencias viejas y nuevas para quienes el cambio del *status quo* de la Guerra Fría, más que una victoria contra el comunismo, lo que ha hecho es desencadenar una competencia más agresiva que atenta contra su propia sobrevivencia, o que los obligará a caminar hacia la plena integración cultural que daría paso a la fundación de

nuevas identidades nacionales y formas de organización económico-políticas más complejas.

d) Pero en forma similar, podemos contemplar nítidamente los riesgos —pero también los beneficios potenciales— de lo que ahora se ha dado en llamar la “modernización vía internacionalización”, en donde la vieja idea de la soberanía política y la autarquía económica deberán ser seriamente revaluadas si se desea permanecer dentro de un mundo que puede aprovechar sus propios avances e incrementar una mayor interdependencia e intercambio, en lugar de lo que observamos ahora: escepticismo, proteccionismo y una terrible indiferencia frente a los problemas de salud y bienestar públicos.

En responder a estos desafíos, en encarar y caminar hacia nuestro destino histórico, nos debe ir más que un mero interés particular. Implica la preservación misma de la condición humana y del mundo que ahora tenemos.

Bibliografía

- Bruce Ackerman, *The Future of the Liberal Revolution*, New Haven, Yale University Press, 1992, 152 pp.
- Hannah Arendt, *Between Past and Future. Eight Exercises in Political Thought*, New York, Penguin Books, 1977, 306 pp.
- Raymond Aron, *Dimensiones de la Conciencia Histórica*, México, FCE, 1983.
- Jacques Attali, *Millenium. Winners and Losers in the Coming World Order*, New York, Random House, 1991, 130 pp.
- Volker Bornschier y Peter Lengyel (eds.), *Waves, Formations and Values in the World System. (V. 2: World Society Studies)*, New Brunswick, EUA, Transaction Publishers, 1992, 311 pp.
- Luiz Carlos Bresser Pereira, José María Maravall y Adam Przeworski, *Economic Reforms in New Democracies. A Social-Democratic Approach*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, 227 pp.
- Neville Brown, *The Strategic Revolution. Thoughts for the 21st Century*, London, Brassey's, 1992, 195 pp.
- Zbigniew Brzezinski, *Out of Control. Global Turmoil on the Eve of the 21st Century*, New York, Charles Scribner and Sons, 1993, 240 pp.
- Bogdan Denitch, *After the Flood. World Politics and Democracy in the Wake of Communism*, Hanover, EUA, Wesleyan University Press, 1992, 176 pp.
- *Más allá del rojo y el verde: ¿Tiene futuro el socialismo?*, México, Siglo XXI Editores, 1991, 260 pp.
- Umberto Eco, et. al., *Hacia una Nueva Edad Media*, Madrid, Alianza Editorial, 1969.
- Frank W. Elwell, *The Evolution of the Future*, New York, Preager Publisher, 1991, 145 pp.
- John Kenneth Galbraith, *The Culture of Containment*, Boston, Houghton Mifflin, 1992, 195 pp.
- Max Gallo, *Manifiesto para un Oscuro Fin de Siglo*, México, Siglo XXI Editores, 1991, 171 pp.
- Marcelo García, et. al., *El ideario socialista en un mundo en transición. Una visión desde Europa y América Latina*, México, CIDE, 1992, 60 pp.
- Ernest Gellner, *Plough, Sword and Book. The Structure of Human History*, Chicago, The University of Chicago, 1989, 288 pp.

- Martin H. Halperin, David J. Scheffler y Patricia L. Small, *Self-Determination in the New World Order*, Washington, D.C., Carnegie Endowment for International Peace, 1992, 178 pp.
- Thomas Hare, *Facing Tomorrow. What the Future Has Been. What the Future Can Be*, New York, Alfred A. Knopf, 1991, 264 pp.
- Joseph Hodara, *Los Estudios del Futuro. Problemas y Métodos*, México, Instituto de Banca y Finanzas, 1984, 109 pp.
- Paul Kennedy, *Preparing for the Twenty. First Century*, New York, Random House, 1993, 429 pp.
- Rushworth M. Kideer, *Global Goals for the 21st Century*, Cambridge, Mass., The MIT Press, 1989, 194 pp.
- Alexander King y Bertand Schneider, *La Primera Revolución Mundial. Informe del Consejo al Club de Roma*, México, FCE, 1991, 329 pp.
- Guillermo O'Donnell, *On the State, Democratization and Some Conceptual Problems: A Latin American view with glances at some Post-Communist Countries*, Notre Dame, The Kellogg Institute (working paper núm. 175) 1993, 23 pp.
- Adam Przeworski, et. al., *Sustainable Democracy*, Chicago, ESST, Documento preliminar, 1993, 236 pp.
- Jean Francois Revel, *El Renacimiento Democrático*, Barcelona, Plaza y Janés, 1992, 480 pp.
- Marsha Sinetar, *Developing a 21st Century Mind*, New York, Vilard Books, 1992, 256 pp.
- Charles Tilly, *Grandes Estructuras, Procesos Amplios, Comparaciones Enormes*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, 204 pp.
- Alvin Toffler, *El Cambio de Poder*, Barcelona, Plaza y Janés, 1990, 668 pp.
- W. Warren Wagar, *The Next Three Future. Paradigms of Things to Come*, New York, Greenwood Press, 1991, 165 pp.
- Anthony B. Wolbarst (ed), *Environment in Peril*, Washington, D.C., The Smithsonian Institution Press, 1991, 233 pp.

Hemerografía

- Víctor Alarcón Olguín, "¿Habrá un lugar para el Socialismo en el Siglo XXI?" en *Política*, (suplemento de *El Nacional*), México, 1991, núm. 136, diciembre 12, pp. 17-19.
- Philip G. Cerny, "Plurilateralism, Differentiation and Functional Con-

- flict in the Post-Cold War World Order", en *Millenium, Journal of International Studies*. London, 1993, vol. 22, núm. 1, pp. 27-51.
- Francis Fukuyama, "Sería una gran sorpresa si el mundo fuera de otra forma": (Entrevista con Carlos Winck); en *Visión*, México, 1993, vol. 80, núm. 12, junio 16-30, pp. 22-24.
- Albert O. Hirschman, "Industrialization and its Manifold Discontents: West, East and South"; en *World Development*. London, 1992, vol. 20, núm. 9, pp. 1225-1232.
- Paul Johnson, "Colonialism's Back -and not a moment too soon", en *The New York Times Magazine*, april 18, 1993, pp. 22-23.
- Guillermo O'Donnell y Adam Przeworski, *Por una democracia sustentable*. (Entrevista con Víctor Alarcón Olguín), Notre Dame, 15 de abril de 1993.
- Kenichi Ohmae, "The Rise of the Region-State", en *Foreign Affairs*, New York, 1993, vol. 72, núm. 3, pp. 78-87.
- Robert Salais y Michael Storper, "The Four 'Worlds' of Contemporary Industry", en *Cambridge Journal of Economics*. Cambridge, 1993, vol. 16, pp. 169-193.
- Barbara Schmitter-Heilser, "The Future of Immigrant Incorporation: Which Models?", en *International Migration Review*. New York, 1992, vol. 26, núm. 2, pp. 623-645.
- Murray Weidenbaum, "The Shifting Roles of Business and Government in the World Economy", en *Challenge*, New York, 1993, vol. 36, núm. 1, pp. 23-29.